

efectos negativos de la globalización. Y esto es lo que al fin y al cabo nos jugamos en el debate aquí planteado.

Josu de Miguel Bárcena (38)
Universidad de Bolonia

ESTEBAN ANTJUSTEGI IGARTUA: *El debate nacionalista. Sabino Arana y sus herederos*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, Murcia, 2007, 328 págs.

Esta obra es la traducción al castellano del original en euskera del mismo autor titulado *Abertzaletasunaren Auzia: Independentzia ala Autonomia (Sabino Arana eta bere oinordekoak)* (Bilbao, Fundación Sabino Arana, Sabino Arana Kultur Elkargoa, 1997). Las modificaciones de la obra presente respecto de su precedente en euskera son mínimas, tanto en la forma como en el fondo. Sólo la introducción presenta alguna diferencia, pero tampoco sustancial, porque se limita a dividir el contenido del libro en ocho nudos o momentos, respecto de los siete de que hablaba en la edición en euskera, y ello es debido a que aquí se incorpora un capítulo, corto, sobre Luis de Eleizalde, uno de los discípulos directos de Sabino Arana, bien conocido por el autor, que obliga a modificar también algún epígrafe del capítulo VI. El anexo documental también presenta una reducción significativa respecto del libro anterior, puesto que pasa de contener treinta y seis documentos en el libro originario a tener sólo cinco en éste. Hay que decir que en ambos casos los documentos que se aportan son todos en castellano menos uno, en euskera, el primero de todos, referido a los antecedentes carlistas del nacionalismo vasco. Y ello es lógico, si tenemos en cuenta que la inmensa mayoría de la expresión escrita del nacionalismo originario, en su vertiente puramente política o ideológica, está escrita en castellano.

Por lo que respecta a las fuentes utilizadas y citadas en la bibliografía, llama la atención la clamorosa ausencia de las obras de una de las autoridades en la materia y en el período considerado, como es José Luis de la Granja Sainz. Su libro *Sabino Arana Goiri: De fuera vendrá...* (San Sebastián, Haranburu, 1982) debería haber figurado ya en la edición en euskera, no sólo porque contiene una obra original de Sabino Arana, su comedia del mismo título de 1898, no incluida en sus *Obras Completas* (San Sebastián, Sendoa, 1980, 3 vols.) ni tampoco en la mejor recopilación existente a día de

(38) JOSU DE MIGUEL BÁRCENA es investigador posdoctoral del Gobierno Vasco, adscrito al *Center for Constitutional Studies and Democratic Development*, Universidad de Bolonia-Johns Hopkins University.

hoy sobre la bibliografía sabiniana (me refiero a la de Javier Corcuera y otros: *Historia del Nacionalismo Vasco en sus documentos*, 4 vols., Bilbao, Eguzki, 1991), sino porque contiene también un estudio muy clarificador, a mi juicio, sobre varios aspectos de la cultura vasca del momento. Tampoco figura en ninguna de las dos ediciones otra obra del propio José Luis de la Granja: *El nacionalismo vasco: un siglo de historia* (Madrid, Tecnos, 1995), donde expresamente se dedica un capítulo a los orígenes del nacionalismo vasco (págs. 23 y ss.) que habría servido, a buen seguro, para matizar un tanto el exclusivo origen carlista que atribuye aquí Antxustegi al surgimiento del nacionalismo y considerar, en particular, los efectos de la industrialización como decisivos también a la hora de explicar la aparición de este movimiento.

Del mismo modo, los diez años transcurridos entre la edición en euskera y la edición actual en castellano, podrían haber servido al autor para introducir alguna otra obra ausente en esta edición (sólo incluye la de Mikel Aizpuru: *El Partido Nacionalista Vasco en Guipúzcoa*, 2000), como por ejemplo otra de José Luis de la Granja que aborda plenamente la época aquí considerada: *El siglo de Euskadi: el nacionalismo vasco en la España del siglo XX* (Madrid, Tecnos, 2003) o alguna de las publicadas por Antonio Elorza durante ese período, como *Un pueblo escogido: génesis, definición y desarrollo del nacionalismo vasco* (Barcelona, Crítica, 2001) y *Tras la huella de Sabino Arana: los orígenes totalitarios del nacionalismo vasco* (Madrid, Temas de Hoy, 2005), así como una referencia a la nueva edición de la obra canónica de Javier Corcuera, ahora titulada *La patria de los vascos* (Madrid, Taurus, 2001), que aunque ya aparece citada, como no podría ser de otra manera, por su primera edición, ésta segunda presenta unas diferencias sutiles pero no por ello menos significativas, que no pueden pasar desapercibidas a cualquier estudioso del tema que nos ocupa: en particular la puesta en cuestión del origen exclusivamente carlista de la familia de Sabino Arana, la corrección de ciertos puntos excesivamente rígidos de la metodología, en origen marxista, utilizada por el autor, el distanciamiento en general del propio biografiado (es muy abundante la corrección del término Sabino por el de Arana), etc.

Por lo que respecta a la metodología utilizada en el análisis de la obra sabiniana, verdadera clave de este libro, cabe decir que el autor incurre en un vicio común, a mi juicio, a otras obras del mismo tema, procedentes, en la mayor parte de los casos, de la historiografía nacionalista, donde se establece una suerte de fatalismo o de determinismo que explicaría el surgimiento del nacionalismo como algo necesario habida cuenta los antecedentes con que contaba, particularmente el carlismo: «con este panorama no es de ex-

trañar que surgiera el nacionalismo, inventado por Arana o por cualquier otro» (pág. 69). Este planteamiento, además de estar ya abiertamente superado por las obras clásicas de Solozábal (*El primer nacionalismo vasco*), Corcuera (la ya citada *La patria de los vascos*), Elorza (*Un pueblo escogido: génesis, definición y desarrollo del nacionalismo vasco* donde reedita trabajos suyos ya conocidos sobre el tema), Juaristi (*El Chimbo Expiatorio*, que explica el surgimiento del nacionalismo desde los textos literarios de la Bilbao de finales del XIX) y Aranzadi (*El escudo de Arquíloco*, en particular en su volumen I, «Sangre vasca», donde actualiza y enriquece argumentos ya conocidos de *Milenarismo vasco*), entre otros, casa mal con la consideración que se hace a lo largo de todo el libro de Sabino Arana como la figura inevitable, explicadora y fundadora del nacionalismo vasco: «... mientras Arana vive, es él mismo quien personifica y dirige la vida del nacionalismo, y (...) no hubo quien pusiera en tela de juicio ni su dirección ni su doctrina; al contrario, la comunidad nacionalista entendió siempre unánimemente que él era el fundador, el maestro y el único guía indiscutible» (pág. 267). Pero lo que es más decisivo, para la metodología de cualquier investigación sobre la obra sabiniana, es que atender a esa suerte de fatalismo retrospectivo nos hurta el significado de la propia experiencia del fundador, las dificultades extremas que tuvo para sacar adelante su proyecto, la necesidad del apoyo de los *euskalerriacos* de Ramón de la Sota (verdadero desencadenante del origen del nacionalismo como movimiento político de masas) y la propia situación política del momento en Bilbao particularmente. Son muy conocidas las citas del propio Sabino Arana en las que se queja amargamente de la soledad en la que se encuentra en el período inmediatamente anterior a la confluencia con los *euskalerriacos*, confluencia que posibilitó su elección como diputado provincial en 1898.

En definitiva, el autor se enfrenta a un dilema muy difícil de resolver. Por una parte no puede obviar la trascendencia y significado del legado sabiniano para todo el nacionalismo vasco y quiere, de hecho, salvar algunos de sus aspectos, yo diría que menores o, cuando menos, matizables: el anticaciquismo, el anticolonialismo, la no intervención de la Iglesia en la política (pág. 263). Pero por otra parte Antxustegi se declara partidario abiertamente de las posturas más renovadoras y dialogantes manifestadas por algunos de los primeros herederos del fundador, como Eleizalde y Landeta, que propugnan precisamente olvidar las primeras tesis de Sabino, las que manifiesta particularmente en *Bizkaitarra* y *Baserritarra*, periódicos donde destila lo esencial de su propuesta (abiertamente racista, ultrarreligiosa y profundamente antiespañola). Eduardo Landeta, en concreto, no tiene ningún inconveniente en proponer el arrinconamiento de la primera fase del pensamiento

político de Sabino Arana, junto con el de la mítica fecha de 1839, considerada tradicionalmente por los nacionalistas la de la pérdida de la independencia vasca. Pero lo cierto es que el legado del fundador es demasiado fuerte y su impronta, carisma y sacralización, todavía a día de hoy y no sólo en el propio partido nacionalista sino en todo el nacionalismo en general, lo impiden.

Este desafío lanzado por el autor, decididamente partidario de la renovación y del autonomismo, frente a la ortodoxia y al separatismo, se concretaría en manifestaciones casi programáticas que hace el mismo en un momento final del libro, como cuando dice:

«... el nacionalismo no puede imponer opinión alguna en nombre de una patria abstracta y de una historia mítica. Quienes son abertzales no pueden exigir que lo sean a quienes no lo son. Y, mucho menos, tildar de enemigo a quien no comparte esa ideología política» (pág. 266).

Proponer semejante programa al grueso del nacionalismo y haberlo hecho en euskera originariamente y editado por la mismísima Fundación Sabino Arana no deja de tener su mérito, habida cuenta de que el nacionalismo siempre ha mirado con mucha prevención a cualquiera que se haya acercado a estudiar su origen y fundamentos políticos, muchas veces desconocidos hasta para la mayoría de sus propios militantes, que actúan movidos más por una suerte de fe o de mística, que de concienciación ideológica propiamente dicha.

Pedro José Chacón Delgado
Universidad del País Vasco

HANS-DIETER KLINGEMANN (Ed.): *The State of Political Science in Western Europe*, Barbara Budrich Publishers, Leverkusen Opladen, 2007, 434 págs.

En Europa la ciencia política es una disciplina joven si se compara con las demás ciencias sociales. Su aparición en el último tercio del siglo XIX está directamente relacionada con la creación de centros como la *École Libre des Sciences Politiques* (1871) en Francia o la *London School of Economics and Political Science* (1885). En una primera fase, las materias propias de la ciencia política se seguirían explicando en el marco de titulaciones como la de Derecho. En una segunda etapa, que comienza tras la Segunda Guerra Mundial, y bajo el influjo de la experiencia estadounidense, se produce una expansión de la disciplina en la mayoría de los países de Europa Occidental con la creación de las primeras cátedras de la especialidad, su